



No sé qué pensar del PRD: antes me indignaba su falso izquierdismo, enseguida su arrogancia y siempre su tendencia a la corrupción; ahora mueve a compasión. Me sorprende que no sean capaces de ponerse de acuerdo en lo fundamental para evitar la ruina completa del partido. De un lado leemos que Jesús Ortega no renunciará, que tiene apoyo de buena parte del organismo y, por el otro, que no es capaz de quitarse de encima al engorroso caudillo tabasqueño, quien padece un visible deterioro intelectual. Más allá, vemos al Peje maniobrando con los suyos, el sector más corrupto y rencoroso, para destruir en venganza divina al PRD: no le sirve más, es un estorbo. Finalmente, dejando de lado la pugna insalvable de dos grandes grupos o facciones, chuchos y pejistás (vaya apodos para dos corrientes políticas que uno imagina serias), está Marcelo Ebrard, hoy sin partido, que agrupa a sus leales. Trata de salir indemne de los conflictos y ser candidato presidencial. Si llega a serlo, lo será de un pequeño grupo logrado merced a la fuerza que su alto cargo le concede. Esto es, quiere moverse sin chocar abiertamente con El Peje ni romperle al PRD el corazón al mostrarse otra vez como un priista que nada tiene que ver con la izquierda que pregonaba ese instituto político.

El PRD, según sus cuentas, tiene que expulsar o desafiliarse a unos tres mil militantes, aquellos que incumplieron con los estatutos al participar con otros partidos como el PT y Convergencia. Poco aparece el nombre de AMLO. El temor que inspira sigue siendo impresionante pese a ser el autor de la quiebra del PRD. De cualquier forma, dentro de dicho partido hay voces cada vez más sonoras que piden su expulsión y las hay que añaden la de Ebrard. Mientras tanto, éste trata de tejer fino, de recuperar su pasado priista y hace cambios en su gabinete. Cierra la compuerta de los dineros a López Obrador y forma su propio equipo de campaña

presidencial. El futurismo está desatado en el otrora vanidoso partido. Ya Dolores Padierna declaró que el candidato será *El Peje*.

Es posible que nunca en México un partido haya tenido tantos problemas como los tiene el PRD. La lucha, desde luego, es entre los dirigentes, las bases se limitan a mirar hacia Iztapalapa a ver qué hace el inaudito *Juanito*, quien comienza a actuar con ideas propias y a ver con recelos a Clara Brugada, a Ebrard y desde luego a su propio jefe, López Obrador. Él ganó y le gusta ser famoso, cobrar buen dinero y tener la posibilidad de

ayudar a sus amigos y familiares. Esta delegación todavía dará mucho de que hablar. A la larga será la mejor prueba de la total incapacidad política del *Peje*: en efecto, echó, como Frankenstein, a caminar un monstruo. ¿Cómo va a pararlo? La siguiente Asamblea del DF dudo que sea tan dócil a las órdenes de Ebrard o a las de AMLO. Cuenta la opinión pública capitalina que antes estaba subordinada a dicho partido. Por último, el caudillo tabasqueño cada día está más cercado por sus antes correligionarios; le quedan leales aquí y allá, pero los dirigentes se apresuran a desligarse antes de irse por

el caño. En su actual gira por Oaxaca, *El Peje* apenas logra auditorios de 40 ó 50 personas desconcertadas.

Como si fuera poco el tosco panorama que nos brinda Iztapalapa, donde Clara y *Juanito* compiten por gobernar, donde hay un delegado legítimo y una ilegítima trabajando a su peculiar manera, Ebrard pone en evidencia que nada tiene que ver con la izquierda. Ya le fastidió vestirse de guerrillero urbano, no más armas en la mano; quiere ahora a su alrededor empresarios, personajes que sepan administrar y hacer dinero (el que necesita para su propia campaña). Regresó al clóset su personalidad de activista de izquierda, de nuevo es el distinguido gobernante empresario que se formó con Manuel Camacho cuando ambos eran incondicionales de Carlos Salinas. Este político centrará su atención en Santa Fe, dejando de lado a la militancia que se pelea en Iztapalapa. Cada dirigente del PRD muestra su verdadero rostro. Los

que todavía no acabamos de ver son los de los *chuchos*: no saben qué hacer. Los comentaristas más agudos les aconsejan romper con AMLO, cortar por lo sano y reorganizar sus fuerzas basándose en grandes proyectos políticos y económicos. No más populismo. Concentrar la atención en una izquierda de verdad, que sepa atraer a las masas. De lo contrario, Ebrard seguirá abriendo playas artificiales y pistas de hielo y AMLO descalificando rivales. Los *chuchos* tendrían que expulsar a ambos por utilizar al partido como un negocio propio.

Qué pena ver que, con el derrumbe del PRD, pasamos aceleradamente a un bipartidismo entre dos fuerzas conservadoras; PRI y PAN, aunque, claro, jamás pensé que el PRD fuera la izquierda.



René Avilés Fabila

www.reneavilesfabila.com.mx
www.recordanzas.blogspot.com.mx



